



Jordi Esteva

Viaje a un mundo olvidado



Galaxia Gutenberg

JORDI ESTEVA

Viaje a un mundo olvidado

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2023

© Jordi Esteva, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 12674-2023
ISBN: 978-84-19738-21-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Jordi Tresserras
A Jimi, Ivette, Pitu y Bruixa
A Miko, mi princesa nubia,
que reposa bajo un naranjo amargo*

Ves per lo món i meravella't!

RAMON LLULL

Uno cree que va a hacer un viaje, pero
enseguida es el viaje el que lo hace a él.

NICOLAS BOUVIER

Índice

I

El vaticinio	15
El despertar del sueño	21

2

En el país de los tambores parlantes	47
La fiesta de los ancestros	67
La diosa del agua	93
El bosque sagrado	103
Los rituales de la iniciación	125
El Sueño del Índico	143
Retorno al país de las almas	173
En busca de la mujer pantera	197
La isla que el tiempo olvidó	213

3

<i>On the Road Again</i>	241
Mombasa	257
El río Sabaki	267
La isla efímera	277
Agradecimientos	299

El vaticinio

La primera vez que visité la Alhambra fue en la Navidad de 1969 y, aturdido por tanta belleza, apenas reaccioné cuando una gitana me cogió la mano y comenzó a leerla. «Corazón y ganas tienes, pero te costará abrirte camino», dijo señalando unas líneas confusas. «No lograrás cosechar lo que hayas sembrado hasta la segunda mitad de tu vida», aseguró, mientras yo apartaba la vista de aquellos ojos que me vaciaban. Luego, volviendo a mi mano, señaló una larga línea interrumpida hacia el final y sentenció: «Morirás a los setenta y siete años». La primera parte del vaticinio se está cumpliendo. En cuanto a la fecha de mi muerte, ¡quedaba tan lejana! Hoy, mientras escribo estas páginas, todavía faltan seis años para saber si aquella mujer estaba en lo cierto.

Apenas tenía dieciocho años y acababa de regresar de Marruecos. Era mi segundo viaje a aquel país. Un año antes había ido al encuentro de un amigo que vivía en una comuna en el Atlas y que terminó sus días arrojándose al mar desde un acantilado del Egeo. Ahora viajaba con Enrique y Jordi Sardá, dos estudiantes de música, junto a Patrick Legrain, la oveja negra de una saga de perfumistas judíos de origen rumano.

Nos juntamos con una joven americana, parecida a la cantante Mama Cass, que habíamos rescatado en M'hamid, donde la pista desaparecía bajo las dunas y un letrero anunciaba que Tomboctú quedaba a cincuenta y un días en camello. Miki French se llamaba, era judía de Nueva York y nos dijo que había viajado a Marruecos siguiendo la estela de William Burroughs y de Paul Bowles, de quienes yo apenas había oído hablar. Me contó que a veces se to-

maba un ácido, se colaba en las pistas del aeropuerto de La Guardia y se tendía en el asfalto para sentir cómo los aviones le rozaban el cuerpo.

Miki quedó fascinada con el hijo del cacique del poblado. Pero, cuando la mirada de aquel atlante de ojos negros dejó de obsesionarle se dio cuenta de que le retenía sus documentos. Estaba secuestrada en la inmensidad del desierto. Quedamos en huir de madrugada. Ella sabía dónde su amante le escondía sus cosas y nos dijo que le pondría un somnífero en el té. Poco antes de la oración del alba, le hicimos unas señales con los faros del coche a las que respondió con su linterna. Todo M'hamid dormía excepto un gallo que ya cantaba.

Huimos a toda la velocidad que nos permitía nuestro Mehari y a los pocos kilómetros de pista comprobamos que nos habíamos quedado sin frenos. A partir de ese momento conducimos despacio, reduciendo las marchas en las curvas o echando el freno de



Con Enrique Sardá y Patrick Legrain. M'hamid, 1969

mano en las bajadas. Al cabo de unas horas llegamos a un poblado en el que nos propusieron cargar nuestro vehículo en la caja de un camión y transportarlo al taller más cercano a varias horas de camino. Rodeados de ovejas que llevaban al mercado y tiritando de frío, avanzamos por pedregales con el Atlas nevado en la lejanía. Así llegamos a un *qasr*, una ciudadela de adobe bajo cuyos edificios apiñados discurrían oscuros pasadizos. La luz que caía desde unas pocas aperturas jugaba con el polvo levantado por los pasos y, caminando por aquellos laberintos de adobe, uno tenía la impresión de deambular por el interior de un gigantesco termitero. Reinaba un silencio roto por el sonido sordo de las pisadas y de algún maullido. Olía a orines de gato y a excrementos de asno.

Nos alojamos en un sencillo *fondouq*. Aquella noche aparecieron dos occidentales de unos cincuenta años y, frente a una contundente sopa *harira*, escuchaban divertidos nuestra aventura del rescate, prometiendo ayudarnos con atrevidos planes de resistencia por si aparecía el amante de Miki con sus secuaces. Patrick, que iba muy colocado de tanto *majoun*, un dulce de semillas de datura, resina de hachís, y otras hierbas de potente efecto alucinógeno, les contó que había conseguido «pasar al otro lado» del espejo de Alicia. Elaboró una complicada teoría sobre la desaparición y el viaje astral, mencionando tanto a Jim Morrison y al brujo Aleister Crowley como a Kenneth Anger, Aldous Huxley y a Alan Watts, asociándolos, además, con textos cabalísticos que le dio a leer su madre, Irina, una mujer salida de un fresco minoico, que llevaba siempre una adormilada culebra en el bolso. Ellos reían ante los despropósitos de nuestro amigo, pero se interesaban por nuestras experiencias. Yo les hablé de la primera vez que probé el *majoun*, un año antes en una comuna del Atlas, y de cómo creí descubrir bajo sus efectos las pautas que guiaban el croar de las ranas. La segunda vez fue, hacía apenas dos semanas, de camino hacia M'hamid cuando sentí mucho calor y me desnudé para correr y revolcarme por la nieve, en el puerto de Tizi n'Tichka, a más de dos mil metros de altura, hasta que mis amigos me consiguieron dar alcance.

Aquellos dos hombres se divertían con nosotros pues nos animaban a contarles más historias. Uno de ellos, tal como me dijo Patrick en un aparte, era el mismísimo Paul Bowles, con quien coincidí en Tánger muchos años después, aunque no me atreví a mencionar aquel encuentro que probablemente no recordaría. Bowles recopilaba el folclore del desierto y al enterarse de que mis amigos eran músicos, nos hizo escuchar unos cantos que acababa de grabar en un poblado del Atlas. Parecían ceremonias de trance en donde las voces alcanzaban altos registros sobre un fondo hipnótico de palmas y ululatos. En cuanto a Miki, no pareció sentir excitación alguna por el personaje ni por la música grabada. Se había tragado un pedazo de *majoun* tan grande que estaba totalmente colgado, o *stoned* como se decía en la época.

Éramos muy jóvenes, Patrick, el mayor de todos, no tendría siquiera veinte años. Queríamos exprimir cada minuto de aquella aventura. ¡Nos quedaba tanto por vivir! Era una época excitante: había que huir de lo establecido y tratar de ser uno mismo cuestionándolo todo. Fuera de nuestro entorno asfixiante, el mundo se nos ofrecía como una granada de la que estábamos empezando a saborear sus dulces granos.

Permanecemos un par de días más en aquel *qasr* del sur de Marruecos, porque el amante de Miki no sólo había cortado los cables de los frenos sino también otros, inutilizando además diversas piezas del coche. A diferencia de hoy, en que por cualquier nimiedad los motores, con sus componentes electrónicos, quedan inservibles, en aquella época, sobre todo en lugares perdidos, los mecánicos aguzaban el ingenio y eran capaces de conseguir piezas de recambio con las que salir del paso torneando un simple pedazo de hojalata.

Miki se vino con nosotros a Barcelona, donde le conseguimos entre todos un pasaje con destino a El Pireo en el buque *Akdeniz* de las líneas turcas. Un tiempo después yo mismo iniciaría un largo peregrinaje por todo el norte de África y la ruta de Oriente hasta llegar a la India. De allí salté a Yemen, Sudán y Egipto, donde viví cinco años, hasta que fui encarcelado y posteriormente expulsado,

acusado de pertenecer a una organización trotskista «que pretendía derribar el gobierno por la fuerza armada».¹ En Egipto me había reinventado. Allí era libre y no tenía pasado. El golpe fue demasiado duro. Me dejó sin ánimos ni fuerza para saltar al Chad, al Sudán o al Índico, lugares a los que pensaba regresar en algún momento de mi vida. En realidad, no me planteaba el futuro. De vuelta a mi ciudad estaba totalmente desorientado.

1. Jordi Esteva, *El impulso nómada*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2021.

El despertar del sueño

Corría 1985. Los tiempos habían cambiado y la Barcelona vibrante que dejé en los setenta permanecía ahora adormilada. Eran los años del «desencanto». Aquel estado de ánimo, recogido en la película de Jaime Chávarri sobre la viuda y los hijos del poeta Leopoldo Panero, reflejaba la decepción de una gran parte de la sociedad durante los años de la transición. Parecía flotar en el aire un resentimiento, acaso una revancha, del nuevo poder nacionalista contra la cultura y los movimientos alternativos. ¿En qué había quedado aquel inconformismo aglutinado alrededor de revistas como *Star*, *Viejo Topo*, *Vibraciones* o *Ajoblanco*? Muchos de sus protagonistas se replegaron en sus cuarteles de invierno o incluso habían huido al campo, otros cayeron en la heroína y no faltaban quienes emprendieron un «carrerismo» al amparo del nuevo poder. La fiebre del diseño lo invadía todo y la gente inquieta ya no se reunía en Las Ramblas, si es que continuaba haciéndolo en algún lugar. Zeleste, uno de los epicentros nocturnos, se había trasladado al Poblenou, dejando de ser aquel escenario de músicos creativos donde se celebraron festivales de música india o donde *jazzmen* como Bill Evans o Pharoah Sanders hicieron *jam sessions* tras actuar en algún festival de jazz. Fue un foro underground en cuya barra se forjaron proyectos y colaboraciones artísticas. Aquel mundo también había desaparecido.

Yo añoraba desesperadamente Egipto. En el desierto creí tocar el cielo. Allí el aire era más puro, las estrellas más brillantes y los contornos de las cosas mucho más definidos que en cualquier otro lugar del mundo. Disfrutaba con los campesinos de los Oasis, pa-

saba horas fotografiando y cada día era una nueva aventura. Ayudaba a mis amigos en las tareas cotidianas, recogiendo dátiles, ordeñando las cabras o cociendo pan en la arena al estilo beduino. Era feliz hablando con mi amigo Ahmed Hadun, fumando hachís en el narguilé o poniéndonos ciegos de opio. Recordaba el espectral desierto blanco de formaciones calcáreas donde solía acampar con Am Anwar, el músico, que cuando tocaba el *muzmar*, una suerte de cornamusa, parecía conjurar a todos los genios del desierto. Pero desperté de mi sueño de cinco maravillosos años en la ciudad de la que había huido. A veces me proponía dejarlo todo para lanzarme de nuevo a la aventura, sin embargo, la herida era demasiado profunda. Tenía fuerza pero me faltaba la ilusión. Durante mucho tiempo tuve la impresión de estar viviendo en una pesadilla de la que no lograba despertar. Me entregué a la noche, al alcohol, a las drogas y al sexo anónimo.

A los dos años conseguí poner fin a aquel *samsara* cuando ETA colocó una bomba en una garita de la Guardia Civil frente a mi apartamento del puerto. La explosión rompió los cristales de las casas y a los pocos segundos una columna de humo y fuego se alzaba entre las palmeras del Paseo Colón. El atentado me hizo reaccionar. Había llegado quizá el momento de dejar aquella vida que me estaba destruyendo, por no hablar de la amenaza del sida que, uno a uno, se iba llevando a muchos de los personajes y amigos de la noche que durante los dos últimos años había frecuentado.

Por aquellas fechas me llamó Pepe Ribas para hacer reportajes con él. Le presenté a Alí, un amigo marroquí que trabajaba en el local rockero EA-3. Nos descubrió un mundo secreto en el Raval de talleres clandestinos donde decenas de inmigrantes cosían a máquina encerrados en oscuras trastiendas de restaurantes en los que se hacían trapicheos de todo tipo. Aquel podría ser nuestro primer trabajo. Pepe viajó a Madrid para entrevistarse con responsables de *El País* y estudiar una posible colaboración. En el avión, mientras

sobrevolaba un mar de nubes, tuvo, según dijo, una especie de revelación y nada más aterrizar, me llamó desde el aeropuerto.

—¿Te atreverías a resucitar el *Ajoblanco* conmigo?

Cuando le dije que sí, rio:

—Pues paso de la prensa de gran tirada, me vuelvo y nos ponemos a trabajar.

Mi primer trabajo consistió en dar la vuelta a España haciendo autostop únicamente a camioneros. Dormía en las cabinas y me lavaba en las gasolineras. Regresé a las dos semanas con una libreta llena de notas. Quería escribir sobre la gente que encontrara en el camino y lo que fuera ocurriendo. Sin embargo mi texto fue revisado por la redacción, pretendían que hablara de los problemas económicos de los conductores y que hiciera algo más periodístico. A mí todo eso me interesaba poco. Me atraía la aventura. No quería elaborar un artículo de actualidad. Además, tampoco *Ajoblanco* era el medio adecuado. Mi inseguridad, que todavía coleaba, me llevó a ceder. A pesar de que el resultado se apartaba de mi idea inicial no puedo negar la sorpresa que tuve cuando aquel texto que yo mismo consideraba fallido fue elegido por una editorial alemana para una recopilación de relatos de autores españoles que se llamaba *España a la sombra del sol*.¹ Un viaje literario en veintiséis etapas, entre los que se encontraban Manuel Vázquez Montalbán, Juan Goytisolo, Camilo José Cela, y Miguel Delibes entre otros. Quizá, y aunque resultara a dosis homeopáticas, mi intención de escribir algo *beat* acabó por convencer a aquella editorial de Fráncfort.

Aquel viaje por España en camión despertó de nuevo mis ganas de aventura. Un día, caminando por el centro de la ciudad, di con el escaparate de Air India, una de aquellas oficinas de líneas aéreas que existían antes de internet, con maquetas de aviones, grandes globos terráqueos que colgaban del techo y mapas de los cinco

1. *Spanien Im Schatten der Sonne. Eine literarische Reis in 26 Etappen*, Sammlung Luchterhand, Fráncfort, 1989.

continentes con las rutas señaladas de sus aviones. Le dije a la empleada que me atendió que quería hablar con el director de la oficina, a lo que me respondió con desgana que sin cita previa resultaba del todo imposible. En ese momento sonó en el hilo musical *A whiter shade of pale*, con aquel jugoso órgano que tanto debía a Bach, y cuando Gary Brooker, con su voz de negro blanco, cantó la primera y enigmática estrofa, a la mujer, que debía de tener mi edad, se le escapó un suspiro de nostalgia:

–¡Ay, aquellas noches de Tamariu!

La imaginé en aquel pueblecito de la Costa Brava en un chirinquito junto al mar, acaramelada con un amor de verano.

–¡Sí, y las noches en el Saint Tropez de Calella! –dije yo recordando un pequeño club entre las rocas, con una piscina natural iluminada en la que brillaban las estrellas de mar y evolucionaban los peces plateados.

–¡Oh, qué maravilla! ¡El «Saint Trop», como le llamábamos!

Aquel *A whiter shade of pale* que nos había traspuesto era un *slow de l'été*, uno de esos lentos del verano, como *When a man loves a woman* o *It's a man's, man's world*, que tantas calenturas y primeros «folleteos» habían provocado. Salida del trance e indecisa por unos segundos, la empleada de Air India me guiñó el ojo con complicidad.

–Es que el «dire» me ha dicho que hoy no le moleste nadie ni le pase recados, pero enseguida te atenderá.

–¿Tú crees?

–¡Ya lo creo! ¡Menuda soy yo!

Los dos habíamos vibrado en algún momento de nuestras vidas con *A whiter shade of pale*, y eso une mucho.

Salí a la calle con un flamante billete a Calcuta con escala en Fráncfort, a cambio de un anuncio en *Ajoblanco*. En aquella época sin móviles llamé a Pepe desde una cabina loco de contento y a los pocos días volaba a Calcuta. No puedo negar que el viaje fue de lo más distraído, pues debido a la sobreventa de plazas me ascendieron a clase preferente, y las azafatas, vestidas con sus saris, me mimaron llenándome una y otra vez la copa de *champagne*.

El viaje discurría sin sobresaltos hasta que la voz del comandante solicitó con apremio la presencia de un médico. Minutos después, se nos dirigió de nuevo para explicar que una pasajera había sufrido un ataque al corazón y nos veíamos obligados a efectuar un aterrizaje de emergencia en Teherán, nada menos, cuando acababa de morir el ayatolá Jomeini y aún debían resonar en sus calles, que quizá no en las casas, los lamentos. Aterrizamos en un aeropuerto militar, lleno de baterías antiaéreas y aviones del ejército pintados de camuflaje. Los pasajeros se agolpaban en las ventanillas e incluso algunos pretendían hacer fotos, hasta que fueron amonestados por las azafatas. Al poco entraron unos soldados con un médico. Este, al ver que se trataba de una mujer, dijo que como hombre no la podía atender, y llamaron a una doctora. Por si fuera poco, por orden de los quisquillosos iraníes, las azafatas cubrieron con una manta a aquella mujer enferma, para que no mostrase ni un pedazo de la piel que dejaba escapar el sari. Al cabo de largos minutos acudió la especialista que examinó a la paciente y decidió que había que ingresarla en un hospital de la ciudad. Tras el percance, nos elevamos de nuevo y en la clase preferente fluyó tanto el *champagne* que aterricé en Calcuta con una de las peores resacas de mi vida.

No era mi primera estancia en la ciudad y durante el trayecto desde el aeropuerto, me vino a la memoria mi anterior llegada a Calcuta desde Darjeeling. Había viajado en el *Himalayan Railway*, que tras descender durante más de ocho horas por abruptas laderas alcanzaba la llanura del Ganges. Siempre quise viajar en aquel tren que parecía de juguete, desde que viera con mi padre uno de aquellos documentales espectaculares en el Cinerama de la Avenida del Paralelo que mostraban las maravillas del mundo. Los rascacielos de adobe del sur de Yemen, los templos de Kioto con sus jardines de arena o las ruinas de Angkor en Camboya. Imágenes imposibles de olvidar que me despertaron, al igual que los atlas y los libros de geografía, unas ansias infinitas de salir al mundo.

Las vías de aquel trenecito estaban tendidas a lo largo de las calles principales de los pueblos de montaña, de modo que campesinos y vendedores debían recoger sus puestos y tenderetes dos ve-

ces al día para que pasara aquel tren que se anunciaba con su insistente silbido dejando escapar nubes alargadas de vapor blanco. Circulaba tan lento que los niños se subían a los vagones y les daba tiempo de corretear por ellos antes de apearse de nuevo. También se montaban en marcha los vendedores, con samosas y otras fritangas, mandarinas, frutas y termos de té. Algunos pasajeros incluso bajaban para un rápido «pipí» y luego, tras correr un poco, se sujetaban a un agarradero y, ¡hala!, de nuevo en el vagón.

El terreno era tan empinado que no permitía tramos de vías curvos y, para sortear el gran y continuo desnivel, el tren, que llevaba una locomotora en cada extremo, iba entrando en sucesivas vías muertas en las que cabía el convoy entero y una de las locomotoras tiraba de él hasta entrar en la próxima vía muerta, y así incontables veces en interminable zigzag hasta llegar a la estación de Siliguri, donde proseguimos en un tren convencional. Aquel *Himalayan Railway* apareció muchos años después en una película de Wes Anderson. Pero hoy se ha convertido en una atracción para turistas y apenas recorre ya unos kilómetros.

En esta segunda estancia en la ciudad, obvié el Salvation Army de mi época hippy y me alojé en el Fairlawn Hotel. La fachada, manchada por la humedad del monzón, pedía a gritos una mano de pintura. El interior, de color pistacho, con profusión de columnas y ventiladores, aún conservaba cierto lustre. En las paredes colgaban fotos de la reina Isabel II y de oficiales de rango que se alojaron allí durante la Segunda Guerra Mundial, cuando fue confiscado por las autoridades británicas. En un lugar bien visible, destacaba una fotografía de Lord Mountbatten, el último virrey de la India, a quien se le atribuía una particular inclinación por los hombres con uniformes y botas altas, que moriría en el mar de Irlanda tras un bombazo del IRA. Junto a ella se encontraba la de su sonriente esposa, Edwina Ashley, al parecer amante del mismísimo Nehru.

Los dueños del Fairlawn seguían siendo los mismos de la época de la guerra. El señor Smith, alto y con bigote, y Madame Violette

Smith que se tocaba siempre con un turbante e iba protegida en todo momento con una de sus mañanitas de lana por más que el calor fuera intenso y húmedo. Los acompañaba siempre una rolliza enfermera angloindia que parecía salida de una película de la Segunda Guerra Mundial, con su capa negra sobre el uniforme blanco, abrigada como si estuviera en Dover, ajena al tórrido clima de Bengala. Cuando supe que Violette Smith era de origen armenio y que creció en Alejandría, me puse a hablar con ella en árabe y sus ojos se iluminaron. Quería que le hablara de la ciudad de su juventud a la que no había regresado desde la época dorada de entreguerras, cuando conoció a su marido y se fueron a vivir a la India.

La sala principal del Fairlawn era un enorme comedor con las mesas dispuestas alrededor de una más grande donde los Smith y la enfermera compartían cubierto con los clientes veteranos. Cuando alguno de ellos se marchaba, su sitio era ocupado por el huésped que llevara más tiempo en el hotel. Se trataba de viajeros, hippies con medios, voluntarios de Teresa de Calcuta o estudiosos, como una antropóloga irlandesa, que trabajaba en Bután, el reino prohibido del Himalaya que suscitaba mi curiosidad, con quien departía alrededor de un té de Darjeeling servido por un camarero con los bigotes engominados de Dalí. Aquel hombre vestía de blanco con botones dorados y se tocaba con un turbante rematado por una cresta escarlata. Le acompañaba una camarera india, con uniforme de criada inglesa, que preparaba sándwiches de pan de molde con pepino.

Las habitaciones de los recién llegados se disponían alrededor del comedor y al igual que sucedía con los comensales, a medida que los clientes antiguos dejaban el hotel, llevaban a sus sucesores a las luminosas estancias del primer piso, que daban a los árboles del jardín, con sus atrevidas ardillas y loros verdes. Costaban unas pocas rupias más, pero el confort era mucho mayor y se disponía, además, de los servicios de un joven al que llamaban pomposamente *valet de chambre* siempre atento a los deseos de los clientes. A la hora de las comidas, el camarero del turbante rematado por la cresta hacía sonar el gong de la entrada y los clientes irrumpían en

el comedor, donde ya se encontraban presidiendo la mesa principal los Smith y la enfermera.

Una mañana, tras un trueno que pareció abrir la corteza de la tierra, comenzó a llover como jamás he visto. Diluvió durante días, las calles se inundaron y tan sólo los *rickshaws*, que en Calcuta son tirados por hombres como si fueran bestias de carga, se atrevían a circular. El ejército de desposeídos que vivía en las calles desapareció buscando lugares secos. Quién sabe si en templos o en mezquitas. El Fairlawn no salió indemne. Cucarachas y otros insectos huían despavoridos de los desagües que se desbordaban. Tras cada descarga de lluvia, el agua subía y subía hasta alcanzar casi la cama, y las ratas, que no se sabía de dónde salían, trataban de encaramarse a ellas.

En la habitación leía sobre Calcuta. Me sorprendía la negatividad con la que se hablaba de la ciudad. Algunos autores se referían a ella como «la ciudad terminal». «Calcuta es el excremento de Dios», declaró Günter Grass tras seis meses de estancia. «Es la ciudad en la que los hombres viven en la basura y acaban pareciéndose a ella.» No menos amable se mostraba Geoffrey Moorhouse, el autor de *Calcuta, la ciudad revelada*: «llegará el día en el que el desastre asolará la ciudad. Empezará quizá con una terrible epidemia medieval. Los desheredados dejarán de contar a sus muertos, pues serán millares y, enfurecidos por el destino se dedicarán a la destrucción. Arrasarán la ciudad con antorchas y cuchillos; romperán lo que no pueda quemarse; matarán y mutilarán a quien se ponga en su camino o trate de escapar. Cualquier resistencia será inútil. La destrucción será de tal magnitud que Calcuta quedará aislada del mundo pues los desheredados destrozarán teléfonos y telégrafos, arrancarán las vías de los trenes, destruirán los aviones y masacrarán a sus pasajeros. Cuando por fin se decida hacer algo, el mundo descubrirá atónito una ciudad de ruinas humeantes en la que un puñado de salvajes se empeña en destruirse mutuamente». Incluso el primer ministro, Jawaharlal Nehru escribió: «A unos pocos kilómetros de los Palacios de Calcuta, unas mujeres semidesnudas, salvajes y desnutridas se dejan la piel y los huesos por el sueldo

más mísero, a fin de que un caudal de riqueza fluya sin cesar hacia Glasgow y Dundee, así como a determinados bolsillos de la India».

Llevaba unos días en la ciudad, sin apenas salir, y aunque es cierto que el monzón dificultaba enormemente la movilidad, también lo es que aquel hachís pegajoso y dulce que me proporcionaba el *valet de chambre* era bastante culpable de mi «cuelgue». Llegó el día en el que el monzón concedió una tregua. Sorprendentemente, los sumideros se tragaron en pocas horas casi toda el agua. La ciudad recuperó la vida y regresaron los desposeídos que abarrotaron de nuevo las aceras. Decidí de una vez por todas dejar aquella adición al hachís que me venía desde aquel viaje, ya muy lejano, a la comuna del Atlas. Lo hice a las bravas, y apenas me costó. Lo cierto es que me había proporcionado excelentes momentos y abierto los ojos a la naturaleza y a la música. Recuerdo pasar horas descubriendo los mínimos detalles y sorpresas de los discos de Um Kulzum o de John Coltrane, por no hablar de las alturas a las que me llevaban las ragas hindúes o las partitas de Bach. Me dormía arropado por aquellas músicas que alimentaban el espíritu, envuelto en una nube de placer físico. Pero, en los últimos tiempos, el hachís me provocaba angustia, quizá porque cada vez estaba más cortado con anfetaminas y otras sustancias. Recuerdo que por la noche ideaba proyectos que a la mañana siguiente me parecían meras elucubraciones y los olvidaba. Aunque aquel hachís gomoso y negro de Calcuta nada tenía que ver con el que llegaba últimamente de Marruecos a mi ciudad. Me recordaba al «Bombay 00» que tanto le gustaba a mi querido Paco, con quien había viajado por la India y que murió atropellado justo cuando había conseguido desengancharse del caballo. «¡Va por ti, hermano!», susurré. Di una última calada al *chilum* que me tendía el *valet de chambre*, lancé al aire unos aros de humo y estallé en un ataque incontenible de tos.

En el viaje a la India que había hecho en Land Rover en 1972, nos creíamos hippies. ¿Qué era ser hippy, en realidad? Éramos cuatro melenudos, como se nos llamaba, entre los que estaba Paco, que dormíamos en colchonetas junto al vehículo, en templos o en

teterías donde nos dejaban extender nuestros sacos. Ahora estaba completamente solo en un curioso hotel que había conocido días mejores. Aunque no, no era el Salvation Army.

De nuevo en la India, todo era distinto. Aquellos años bohemios quedaban ya lejos. Quería hacer un artículo sobre aquella ciudad que me inquietaba. Me presenté por las buenas en la sede de *The Statesman*, el principal periódico de Calcuta, y pedí una cita con el director. El recepcionista me miró de arriba abajo. Yo había elegido mi única camisa blanca de algodón, lavada y planchada con mimo por el *valet de chambre* y me había hecho encerar los zapatos, lo primero que miran los indios con recelo antes de emitir un juicio. Superé la prueba y tras una llamada de teléfono me dijo que me esperaba Dharani Gosh, el director. En un despacho de muebles de caoba, sorbiendo un fuerte té de Assam, bajo las aspas de un ventilador de techo, aquel periodista cortés me habló de su ciudad, con profusión de detalles que yo iba anotando en mi diario: «A diferencia de otras ciudades de la India, Calcuta no es una ciudad antigua. En 1690, el inglés Job Charnock consiguió, de un rey mogol, la cesión de un territorio en el delta del Ganges, en el que estableció la sede de la East Indian Company. En apenas dos siglos, se convirtió, gracias a su puerto y al lucrativo comercio del yute, en la capital de la India británica. Alumbró sus calles con farolas de gas antes que muchas capitales europeas y en sus teatros se representaba a Molière y a Shakespeare. William Thackeray nació en Calcuta y también familiares de Dickens y Byron. Las familias británicas de la ciudad tenían a su disposición decenas de sirvientes. Pasaban los meses más calurosos en el balneario de Darjeeling en las faldas del Himalaya y, para el cuidado de sus *ladies*, “importaron” dos célebres peluqueros de París. Sin embargo los colonos morían como moscas en el clima más insalubre del mundo. Una triste lápida en el cementerio de Park Street reza así: “Aquí yace Lady..., murió de pura sensibilidad”. A la par que los palacios y monumentos, creció la “Black Town”, la ciudad negra, en la que malvivían los explotados. Rudyard Kipling, espeluznado por sus condiciones de vida, escribió el poema *La noche horrible*. La

“Black Town”, acabó por fagocitar a Calcuta entera. Cansados del monstruo creado por ellos mismos, los británicos trasladaron la capitalidad de Calcuta a Delhi en 1911, acelerando su ya evidente decadencia».

Me contó que los problemas de Calcuta se agravaron con la partición del subcontinente. «Los enfrentamientos entre hindúes y musulmanes fueron terribles. Los intelectuales bengalíes jamás siguieron a Gandhi, considerado como un agente británico al permitir de facto la partición de la India. Con aquella división, Calcuta se encontró de la noche a la mañana a pocas millas de la frontera de un nuevo país, el Pakistán oriental, privada de su *hinterland* natural y de la mayor parte del yute que nutría sus fábricas. Un aluvión de refugiados invadió la ciudad. Las desgracias no habían hecho más que empezar porque, años después, la guerra contra Pakistán, por la que la parte oriental se convirtió en Bangladesh, provocó una nueva oleada de refugiados que acabaron engrosando la masa de desposeídos que nunca fue asimilada del todo.»

Aquella era la ciudad de Teresa de Calcuta. La ciudad de la pobreza más hiriente, la de la gente que malvivía en las calles o bajo el siniestro puente de Howrah, que cruzaba uno de los brazos del Ganges pero también era la ciudad de los Tata, los millonarios propietarios del mayor imperio industrial de la India. Una ciudad de grandes contradicciones en la que había surgido un poderoso movimiento cultural, que contaba con varios premios Nobel y un Óscar honorífico, con figuras como Rabindranath Tagore o el cineasta Satyajit Ray.

Una mañana, el señor Smith me aconsejó que visitara el Palacio de Mármol de los Mullick, una de las familias patricias que patrocinaron el Renacimiento cultural bengalí. Aquellas grandes dinastías de Calcuta fomentaron el pensamiento y las artes. Algunas supieron adaptarse a los nuevos tiempos invirtiendo en la industria. Otras vivían su decadencia en sus salones desvencijados, alumbrados por bombillas de apenas veinticinco vatios. Sin embargo, los Mullick seguían siendo pudientes.

De regreso al Fairlawn, en una de las agradables mesas del jardín escribí:

Un parque de árboles tropicales rodea el palacio neoclásico, cuya imagen se refleja en un lago tapizado de nenúfares. Los pelícanos rosados persiguen a un sirviente que les da pescado ante la indiferencia de mandriles y faisanes del Bután aburridos en sus jaulas. El Palacio guarda tesoros: porcelanas de Sèvres y mármoles de Carrara, Tizianos, Murillos y Rembrandts, junto a cuadros orientalistas y *chinoiseries*. El interior del palacio se abre a un patio porticado en el que, bajo la protección de la diosa Kali, se representa teatro bengalí. Un niño insolente, el primogénito de los Mullick, persigue pavos reales desde un cochecito eléctrico japonés. Al mediodía se abre la puerta trasera del parque para alimentar a cien mendigos.

Recorrí la ciudad siguiendo las indicaciones del director de *The Statesman*. Me había recomendado que cogiera el flamante metro que desde hacía un año recorría las entrañas de Calcuta. Sus instalaciones estaban limpiísimas. Ni un solo grafiti en la ciudad de los grafitis. En una de las estaciones principales, musulmanes de pobladas barbas, matronas tocadas con saris acrílicos y jóvenes del campo de ambos sexos se divertían en las escaleras mecánicas como si estuvieran en un parque de atracciones. Visité el templo de Kali y los de los jainistas. Me recibieron en un estudio de cine durante un rodaje. Asistí incluso a unas carreras de caballos en el hipódromo, donde conocí a personajes angloindios.

Solía frecuentar el Indian Coffee House frecuentado por estudiantes, intelectuales y artistas. Era un local con ventiladores en el techo, donde se servía un café aromático y el mejor té del Himalaya, eso sí, al estilo indio, hervido con leche y especias. Entablé conversación con Raneesh, estudiante de filosofía, quien me contó que Lenin había escrito que los caminos de la revolución pasarían por Shanghái y Calcuta. Me explicó que muchos jóvenes decepcionados con el marxismo que seguía gobernando en el Estado de Bengala, habían abrazado el movimiento maoísta llamado «naxalis-

mo», muy activo en la lucha de guerrillas de las zonas rurales. Aunque en sus inicios fue visto con simpatía romántica, pronto horrorizó por el sangriento cambio de rumbo de sus acciones. Comenzaron a acusar a quienes les molestaban de «enemigos de clase». El movimiento degeneró en el culto a Kali, la diosa hindú siempre sedienta de sangre y ávida de sacrificios humanos. Años después el «naxalismo» desaparecería a causa del desengaño y de la represión.

Un día me presenté en casa de Bandahur Khan, uno de los mejores tañedores de *sarod*, un instrumento de cuerda de sonido grave e introspectivo. Me dijo que hablaría a través de su música. En el salón, sobre unos amplios divanes al estilo persa, improvisó unas *ragas* que hicieron que los ojos se me humedecieran. Reviví las imágenes de *El salón de música*, mi película favorita de Satyajit Ray. La historia de un *fin de race*, un arruinado aristócrata cuyo primogénito muere trágicamente y que ante un nuevo mundo que ni comprende ni acepta, decide gastar hasta la última rupia en una velada con los mejores músicos y bailarines de todo Bengala.

Durante aquellas semanas en Calcuta, reviví la libertad que sentía en Egipto, donde me gustaba sentarme en un cafetín, pedir un café turco y una *shisha* y charlar con la gente. Acompañado únicamente de mis pensamientos, en aquella época sin móviles ni internet, dibujaba de noche las fotografías que creí haber tomado de día. Era una manera de recordar lo que estaba haciendo, sobre todo en el oasis de Siwa, ya que no lograría ver los negativos hasta pasados unos meses. Los dibujos, con lápices de colores y tinta china eran la memoria de mi trabajo. Con los años, me olvidé de ellos, hasta que un buen día, mientras ordenaba mi estudio, encontré una caja con las libretas que creía perdidas. Aquellas imágenes eran también una suerte de conjuro. Así como los hombres primitivos dibujaban en las paredes de sus cavernas los bisontes y otros animales que pensaban cazar, yo plasmaba las escenas fabuladas que al día siguiente querría fotografiar. No siempre lo conseguía. Sin embargo, muchos años después en la isla de Socotra, fotografié escenas que parecían calcadas de aquellos dibujos.